

para subirla: mira cómo se anima á subir, y á pocos pasos fatigado, ya da contra una pared, ya contra la otra, ya cae, y cayendo se lastima dolorosamente en las canillas, en las rodillas y codos: los verdugos le tiran por las sogas, y así mas arrastrando que andando la subió. En Roma se ve esta escalera, á partes cubierta de unas rejas de hierro, que era en donde cayendo el Señor derramaba sangre. ¡O infinita fortaleza! ¿Qué te has hecho? ¿Adónde te pasaste y dejaste tan flaco al Todopoderoso? Mas ¡ó infinita misericordia de nuestro Salvador! él tomó nuestra flaqueza: por eso no sube con descanso y ligereza. Ea, alma, ámate á subir por la escala de las virtudes, que el Señor te fabricó con tantos trabajos, y no pares hasta llegar á Dios, que está en la cumbre con los brazos abiertos para recibirte, y en ella tienes muchos ángeles que suben y bajan por mandado del Señor, para darte la mano, y cogerte en palmas cuando fueres á caer: mira en esta á Dios, que no tiene sino verdugos y sayones crueles, que en lugar de darle la mano, le arrastran y dan de empujones: mírale que cuando cae no tiene quien ponga la mano debajo para que no se lastime; y así cayendo, lastimosamente se hiere y maltrata: considera que quien le espera en la cumbre es Pilato, juez tirano, impío y malvado, que por último le ha de quitar la vida: mira que va de escala en escala: trata tú de subir por la tuya con virtudes, pues ves subir al Señor con tantos dolores.

304. Considera cómo habiendo subido nuestro Señor con tanto trabajo aquella escalera, es de creer que Pilato, viéndole de cerca tan maltratado, y tan lastimosamente herido, naturalmente le habia de causar grande horror, y mas conociéndole inocente y sin culpa alguna: así dice el evangelio que salió al balcon, y dijo á toda la multitud que estuviesen atentos, que ahora se les pondria allí á la vista, para que conociesen que no hallaba causa de muerte en él; como si digera asustado y asombrado: escuchadme, y prevenios, que habeis de ver el mas lastimoso espectáculo que han visto los nacidos: ahora os le mostraré aquí, y viéndole vosotras cuál le he puesto solo por daros gusto, no porque yo haya hallado en él culpa alguna, sí solo por contentaros; sin duda me diréis que estais satisfechos, y que bien puedo alargarle y dar por libre: porque si solo por complaceros le castigué así sin culpa; si la hubiera hallado, no hay duda que ya le hubiera condenado. ¡O inicuo juez y mal hombre! ¿Confiesas contra

ti tu misma culpa, y que aunque le juzgaste santo é inocente, con todo, por complacer á los pontífices y fariseos, hiciste con él ese tan cruel estrago? Atiende á esto, alma, y de la confesion de Pilato saca tú tus doctrinas: la primera, que no procures jamas complacer ni dar gusto á las criaturas con detrimento de tu conciencia. Mira por aquí cuán gran verdad es aquella de la escritura: el que quisiere dar placer á los hombres, no será siervo de Dios; porque ellos le han de obligar á que le falte en la fidelidad, justicia y amor. La segunda, aquel horror que le causó á Pilato el ver al Señor tan llagado, que le obligó á confesar públicamente su maldad: míralo, y pónle presente á tu alma siempre en aquella forma tan dolorosa, que te causará compasion, y te dolerás de haberle ofendido, y te confesarás con dolor.

305. Considera cómo habiendo dicho Pilato aquellas razones, mandó que le tragesen al Señor, teniendo por imposible, que viéndole ellos no se aplacasen: púsosele por delante en el balcon, como estaba con la púrpura de escarnio, con la corona y caña; y vuelto al pueblo el semblante, y señalando al Señor con el dedo, les dijo: *Ecce-Homo*: veis aquí al hombre: miradlo bien, á ver si le conoceis: no es posible que le conozcais, porque ni forma de hombre le ha quedado. Veis aquí al hombre que me habeis traído para que lo crucifique: os parecerá que no es él: pues él mismo es: miradlo bien por todas partes, y ved que semejante espectáculo no lo habrán visto jamas vuestros ojos. Bien os acordaréis que era hermosísimo, blanco y rubio, y de tan agradable presencia, que consolaba á quien le veia: pues miradle ahora este rostro, que no se ha visto jamas otro tan desfigurado ni tan afeado. Bien sabeis que su cuerpo era hermoso y perfecto: pues vedlo ahora por todas partes: mirad estas espaldas, este pecho, estos costados, que carnicería semejante en cuerpo humano no la habeis visto. Bien sabeis que la gentileza de su persona era admirable, pues no ha visto el mundo en algun tiempo hombre tan hermoso; vedlo ahora todo hinchado, todo disforme, inclinado al suelo, temblando de flaqueza, y tan acabado, que le falta poco para caerse muerto: ya estaréis satisfechos y contentos, pues le veis tan cruelmente castigado, y sin culpa. Miráronle aquellos crueles corazones, y tan léjos estuvieron de compadecerse de sus males, que clamaron diciendo: crucifícale, crucifícale. ¡O crueldad inaudita y corazones diabólicos, mas crueles que las fieras!

Crucifícale, dicen; como quien dice: nada es todo eso, nada has hecho miéntras no le crucificas, y así crucifícale. ¡O alma mia! ¿oyes estas voces? ¿Sientes esta ira? ¿Conoces en rencor que tienen los hombres contra Dios? ¿Ves la paciencia del Señor? ¿Has tenido algun enemigo como los que tiene el Señor? ¿Te han perseguido alguna vez con odio tan mortal? ¿Pues de qué te quejas? ¿Tratarás ya de rencores y venganzas? ¡O mansedumbre de Dios y crueldad de los hombres!

306. Considera en aquellas palabras: *Ecce-Homo*: quítaselas, y tómalas porque son pronunciadas por el Eterno Padre, que te dice: mira, hombre, á mi Hijo Unigénito, al cual te lo di para Maestro, para Guia y para Defensor: te lo di por Pastor, por Libertador y Redentor: mira cuál me lo has puesto, mira el estrago que hiciste en él con tus culpas y pecados: mira tu atrevimiento y osadía. Si otro tanto hicieran los vasallos de un rey de la tierra con su hijo, ¿qué merecian? Mi Hijo es ese que ves: ese que ahí ves, es mi Hijo Unigénito, y que no tengo otro. Dime tú ahora, ¿qué merece el que así me lo maltrató? ¿Qué castigo se debe á un tan grande atrevimiento? ¿Será bastante el infierno? ¡O alma! Respóndele á Dios Eterno. ¿Qué le dices? ¿Ves bien á su Hijo? ¿Contemplas de la forma que está su santísimo cuerpo de piés á cabeza? Sí. ¿Pues qué le respondes al Eterno Padre, que su queja de tus pecados?

Dile lo mismo que su divina Magestad te dice á ti: mirad, Eterno Padre de misericordias, mirad á ese hombre: mirad á vuestro Hijo divino hecho hombre por mí: mirad aquellas llagas, aquellos azotes, aquella corona y aquella sangre derramada por los mismos que la derramaron: mirad al rostro de vuestro Hijo, mirad sus espaldas y todo su cuerpo, que todo lo padece por mí, perdonadme por vuestro Hijo mi Redentor la sangre que derramaron mis culpas, los tormentos que le causaron mis pecados; y sus méritos todos él por su infinita piedad me los dió, y yo os los ofrezco: recibidlos en satisfacción de mis grandes ofensas, y aplacad el rigor de vuestra divina justicia contra mis grandes y enormes pecados.

307. Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*. Mira, hombre, y haz cuenta que te las dice el mismo Jesu Cristo desde aquel balcon: mira, hombre, lo que me cuestas: mira lo que padezco por ti, por salvarte y redimirte de la

esclavitud del demonio: mira lo que sufro por solo tu amor. No lo padezco por los ángeles, no por los demonios, no por otra ninguna criatura: por ti solo, y solamente por ti padezco: tu amor me tiene así: tu amor me ha puesto en este estado: tu amor me puso en este balcon á vista de mis crueles perseguidores. Mira, atiende y considera si debes amar á quien tanto te ama, y si debes amor á estas finezas, correspondiendo amante á quien tanto hace por ti. Atiende bien y considera que no hay amor como el mio, que te amo de veras, de balde, sin interes, y sin correspondencia: las veras de mi amor y las ves, pues me dejo escupir, deshorrar y matar por ti: por ti padezco la contradiccion que ves, y por ti tolero estos oprobios, irrisiones, mofas y afrentas. Mira si te amo de veras, ya si de balde te amo; porque ¿qué cosa hay en ti que me obligue á amarte? Muchas tienes que me obligan á castigarte; mas yo las disimulo, y en lugar de castigo te doy mi amor: ámote sin interes; y si no, dime, ¿qué interes en amarte? ¿Qué conveniencias tengo en quererte? Mira mis oprobios, mis dolores y mis afrentas, y conoce que eso es lo que saco: estas son mis ganancias, y esto es lo que grango de amarte: porque si yo no te amara, no padeciera por ti lo que padezco: ámote sin correspondencia, y esa es mi mayor pena; porque si mi amor grangeara el tuyo, fuera eso un grande alivio para mí en medio de mis dolores; pero morir de amor por quien no me ama, penar por quien no me estima, es penar y morir sin consuelo; y así: *Ecce-Homo*: mira, hombre, lo que me cuestas, y ama de veras á quien tan de veras te ama.

308. Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*, que son palabras de grandes misterios. Mira, hombre, te dice el Señor, mira si hay dolor que se iguale con el mio. Mírame bien por todas partes, considérame desde las plantas de los piés á la cabeza, por delante, por las espaldas, y por los lados, y verás la mayor carnicería que jamas en cuerpo humano se ha visto: verás todas mis carnes surcadas, despedazadas y consumidas hasta los huesos: mi cabeza pasada con espinas gruesas: mi rostro deshecho á bofetadas, disforme con las hinchazones, heridas, sangre y salivas. Considera con atencion, que así me puso la justicia divina de mi Padre, castigando en mí las culpas que yo no hice: ofrecíme á satisfacer por las tuyas, y así en mí tomó la venganza que debía tomar de ti: en mi cabeza castiga tu soberbia, en mi rostro

tu vanidad, en mis manos tus malas obras, en mis espaldas tu lascivia, en mi estómago y vientre tu gula y tus deleites, y en mis piés tus malos y depravados afectos. No hay miembro en tu cuerpo con que no hayas ofendido á tu Dios; y como en mí se castigan tus ofensas, por eso en todos mis miembros estoy castigado, como tú lo ves. *Ecce-Homo*: mira, hombre, el amor que me debes, y el que debes á mi Padre: mira si ha habido rey, que en el príncipe su hijo castigue los desaciertos de un vil esclavo; y solo hallarás esta fineza en el Rey de las eternidades, que en mí su Unigénito Hijo, Príncipe heredero de su gloria y grandeza, castiga tus desafueros. *Ecce-Homo*: mira, hombre, cómo correspondeste á esta fineza: mira tú cómo castigará al esclavo ingrato y traidor quien así castiga á su Unigénito y querido Hijo.

309. Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*, y haz cuenta que tu ángel de guarda te las dice, queriendo iluminar con ellas tu alma. Mira, hombre, ¿conoces aquel que se muestra en aquel balcon, tan cargado de oprobios, dolores y afrentas? Pues sábetelo, que aquel Señor es en quien está toda la plenitud de la divinidad humanada: aquel Señor es el principio y fin de todos los hombres, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios: en aquel Señor se halla la justicia, la verdad, la perfeccion y todas las virtudes, como en su principio y origen. *Ecce-Homo*: mira, hombre, y atiende, que allí se pone por dechado á tu alma, y te las muestra todas, para que vayas trasladándolas en ti. Mira aquella paciencia, aquella humildad, aquella fortaleza, aquel desamparo, aquella conformidad entre tantas amarguras, penas y dolores: aquel desprecio tan grande del mundo, de las vanidades, de las honras y estimaciones humanas. *Ecce-Homo*: mira, hombre, que aquel Señor, es el camino, la verdad y la vida de las almas: síguele imitando sus virtudes, si no quieres perderte: óyele, y toma sus consejos, que son verdades eternas, sin mentira ni engaño; y ámale, si amas la vida; porque lo que es para tu cuerpo el alma, eso es para tu alma aquel Señor: como tu cuerpo muere, faltándole el alma, así tu alma, faltándole aquel Señor, que es su vida, muere. Mira pues la vida de tu alma cuál está, cuán afligida y afeada, cuán despreciada y aborrecida de los malos. Llégate, y dile: ¡ó vida de mi alma! ¡ó amor de mi corazón! ¿Qué haceis vos ahí, vida mia y amor mio? ¿Para qué os habeis subido á ese alto, Se-

ñor mio? ¿Es para que os vean todas vuestras criaturas, y vean en vos su vida, y vida verdadera? ¡O Señor de la Magestad! Hacedme que yo aborrezca toda otra vida, y ame sola la vuestra, porque sola es vida: esos azotes son vida: vida son esas espinas, esas bofetadas y salivas: vida son esos dolores y tormentos, y vida eterna. Hacedme, pues, que yo ame esta vida, y aborrezca la propia que ántes vivía; porque aquella parecía vida, y era muerte, y esa que parece muerte es la vida verdadera.

310. Considera en las mismas palabras: *Ecce-Homo*. Haz cuenta que te hallas en aquella plaza entre la multitud de la gente junto á tu Reyna y Señora, que como le reveló á Santa Brígida, se halló allí, y vió con sus ojos en el balcon á su divino Hijo. Vuélvete á ella, y dile, como pasmado de lo que ves: *Ecce-Homo*: mirad, Señora y Reyna de los ángeles, aquel hombre que está en aquel balcon: ¿conocéisle? ¿Sabeis quién es aquel que aparece cubierto con aquel ropage de escarnio, con aquella caña en la mano, y todo lleno de piés á cabeza de sangre, y sembrado de lastimosas heridas? ¿Conocéis aquella cabeza y cabello sagrado? No: porque la cabeza no se ve, que está cubierta toda con aquella cruel corona, y el cabello está todo ensangrentado. ¿Conocéis aquel rostro? No: porque ni forma de rostro tiene. ¿Conocéis aquella ropa? No: porque hasta hoy no se ha visto que se pusiese vestido de tanta irrisión y burla á hombre alguno. ¿Conocéis aquel cuerpo? No: porque allí no se ve sino sangre, hinchazones y heridas. Pues, Señora de mi alma, aquel es vuestro Hijo santísimo, concebido en vuestras purísimas entrañas por virtud del Espíritu Santo, y nacido de ellas, dejándoos con la gloria de vuestra virginidad intacta: aquel es el que vos á vuestros castísimos pechos criasteis con tanto regalo, y siempre tratasteis con tanta reverencia, y llevasteis en vuestros brazos con tanto amor, acompañasteis con tantos trabajos, y visteis y oísteis tantas veces con suavidad y dulzura inefable de vuestra alma y corazón. ¡O cristiano! Considera á tu Señora la mas afligida y dolorosa criatura de cuantas jamas ha habido en el mundo: imposible es que tu imaginacion llegue á pensar ni imaginar la pena y dolor de esta Señora, cuando le divisó en aquel balcon con tan lastimosa figura; y mucho mas cuando oyó aquellos tan crueles clamores: crucifícale, crucifícale; al que sabia la santísima Madre ser verdaderamente único Hijo de Dios.

311. Considera cómo habiendo oído Pilato la respuesta del obstinado pueblo: crucifícale, crucifícale; como asombrado de tanta crueldad y rencor, como dice San Cirilo,* se volvió á ellos, y les dijo: si vosotros teneis ley que mande quitar á los inocentes la vida, llevadlo allá, y segun esa ley crucifícale; porque si yo tengo de obrar conforme á la ley, no puedo condenarle, porque es inocente, y de vida inculpable. Replicaron todos con grandísima indignacion y enojo, dice Euthimio: nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios. Ley tienen estos malditos, y segun ella ha de morir el inocente; ¿y qué ley es esa? pregunta San Antonio de Padua: ¿es la ley de Dios? No: porque esa la quebrantaron, y ni la tienen, ni la observan. ¿Pues qué ley es esa, que manda que muera Cristo? Es la suya de ellos, es ley de la mentira, ley de la codicia y de la avaricia, puesta y grabada en sus corazones por los legisladores de la maldad, del demonio, el mundo y la carne. Esta es la ley que ellos tienen; y así dicen verdad, que tienen ley que dice se le dé á Cristo inocente la muerte. ¡O cristiano! Mira no te sujetes á estas leyes, porque todas son contra Cristo, como lo dijo San Pablo, que sentia una ley en sus miembros contraria á la ley del alma, la cual tiraba á cautivarle y arrastrarle al pecado. Mientras estas leyes reinaren en tu corazon te han de cautivar, y todas han de dar clamores para que Cristo muera en tu alma.† La ley de la dura carne dirá que muera Cristo y su ley, porque con ella no puede gozar de sus deleites: la del mundo dirá lo mismo, porque con ella no puede darse á las vanidades y grandezas mundanas; y lo mismo dirá la del demonio, cruel enemigo y contrario de Jesu Cristo: y así renuncia esas malditas leyes, y procura ajustarte á la del Señor, que es santa justa é inmaculada: dile al mundo y á la carne que se guarden allá las suyas, y se las den á quien quisieren, que tú no quieres ley contraria á la de Dios.

312. Considera cómo Pilato, habiendo oído aquella palabra, que el Señor se decia Hijo de Dios, temió mucho mas que lo que habia temido hasta allí; y llamando al Señor, y entrándose dentro con su Magestad divina, le preguntó de dónde era, como que queria saber claramente si habia baja-

* Lib. 12. cap. 18.

† Bonav. Med. 9.

do del cielo: dictábale el corazon* que el Señor verdaderamente era Hijo de Dios, y ese era su temor, no hubiese azotado y afrentado de aquella manera al Hijo de Dios. No respondió el Señor, porque ya ántes se lo habia dado á entender: instó Pilato á que le respondiese, diciendo que era juez, y tenia potestad sobre él, y podia librarle ó condenarle. Respondióle nuestro Señor, para quitarle la ignorancia que podia tener de su pecado: no tuvieras tú potestad alguna en mí, si no te fuera dada de lo alto, y por eso pecas, porque usas mal de ella; y aunque pecas por esa razon, mayor es el pecado de los que me han entregado; porque ellos pecan de envidia, odio, y rencor, y tú pecas de miedo. Atiende por aquí, cristiano, la grande caridad de aquel divino Señor, pues habiéndole puesto en tantos tormentos aquel mal juez, con todo le da luz y le predica con inaudita caridad. Saca de esta consideracion una grande confusion de tus culpas, y la gravedad de ellas. Teme Pilato, y le da gran cuidado de haber oído que el Señor era Hijo de Dios, y que sin saberlo podia haberle ofendido sacrilegamente: oféndesle tú sabiéndolo y conociendo que pecas contra el Hijo de Dios, ¿y no temes? Teme un gentil, ¿y tú te ries, habiéndole ofendido? Ya oyes al Señor, que es mayor el pecado de los Judíos, porque era de malicia: los tuyos no han sido de ignorancia; luego son mayores, y así debes temer mas que todos. Pídele este temor y dolor á la sacratísima Virgen.

313. Considera cómo Pilato, habiendo conocido su pecado, salió é hizo mas vivas diligencias para librar de la muerte al Señor; pero los Judíos con malicia diabólica mudan de intencion, y acusan al Señor del crimen de lesa Magestad, diciendo que todo el que se hace Rey es traidor al César, y que nuestro Salvador era comprehendido en ese delito, y que si él no le condenaba, era porque queria concurrir á la misma traicion con él, y que darian cuenta al César, y le acusarian tambien á él por cómplice en la traicion. Con estas palabras temió Pilato, y se rindió. Mira, cristiano, dos temores en Pilato: uno de no condenar al Hijo de Dios, santo, puro é inocente: otro de temor del César, no le castigase por traidor; y este temor del César venció al temor de Dios, venció, á Pilato, y le hizo obrar contra Dios y con-

* Hug. in cap. xix. Joan.